

que obligaron al general Goyeneche a pensar más seriamente sobre la actitud que iba tomando el ejército independiente, para eludir su progreso, y mucho más al ser instruido del jefe que lo dirigía que aunque se le pintaba con la depresión que en tales casos se acostumbra, sus órdenes manifestaban que lo temía, y mucho más cuando observaba que sus proclamas y escritos introducidos en el mismo corazón de su ejército, hacían declinar su moral, manifestándose descontentos, y sublevaciones de pueblos que ya habían recibido ideas lisonjeras de Libertad, cuya expresión sola tiene una magia que anima y enardece aun al más apático para hacerse un prosélito de la causa de Independencia, que obligó al general Goyeneche a paralizar su movimiento sobre nuestro ejército por este año, mientras tanto el ejército nuestro adquiriría opinión, fuerza y unidad que presagiaban una esperanza lisonjera para lo sucesivo.

### *CAPITULO III*

Siete meses habían corrido sin que nada se aventajase; la fuerza del ejército no se aumentaba, el gobierno de Buenos Aires se manifestaba sin energía, al paso que el general Belgrano desplegaba un tesón digno de una memoria eterna y el que aumentaba en razón del peligro que se aproximaba. El ejército del general Goyeneche se puso en marcha organizado, desde la villa de Potosí, en el mes de agosto, y la fuerza de que se componía parecía la muy suficiente para sofocar la libertad, en donde quiera que encontrase defensores. El general Belgrano fue instruido de este movimiento que no podía contener y que le obligó a dar las órdenes de retirada; pero antes de verificarlo reunió, no su ejército, sino sus compañeros, y hablándoles con aquella firmeza que demandaba el peligro, levanta el estandarte argentino, que por la primera vez saluda esta porción escogida de guerreros, jurando ante él, no abandonarlo sino con la existencia, cubriendo de este modo el velo que cubría el verdadero objeto de las intenciones de los buenos patriotas, para no depender de ningún otro gobierno y leyes, que aquel que ellos mismos se diesen, y dejando de pertenecer a la nación española, bajo cuya sombra continuaba la Junta Gubernativa dirigiendo los pueblos de la unión; al paso que el ejército español los castigaba como insurgentes, a los que podía conseguir tomar muchas veces indefensos, y desde cuya época ya no tuvo otro epíteto el ejército independiente, y su general el de Caudillo.

Se emprendió la retirada con un orden admirable, sin dejar a



los enemigos más que las ciudades de Jujuy, Salta y la memoria de nuestros solemnes votos que despreció el enemigo. El coronel Díaz Vélez sostenía nuestra retirada desde Humahuaca, con los cuerpos de caballería y algunos tiradores, disputando día y noche a los enemigos el terreno y sus recursos hasta que hizo alto en el zanjón, a poco menos de una legua del río de las Piedras, a donde el ejército descansaba, tanto para dar lugar a que continuase en retirada, cuanto para dar descanso a sus caballos y hombres, que abrumados de fatiga ansiaban por él. El terreno era boscoso y el camino lleno de continuas ondulaciones que impedían ver de cerca la aproximación de los enemigos y aunque se hallaban sobre él pequeñas partidas de observación, habían caído en su poder, hechas prisioneras, la que mandaba el capitán de húsares don Máximo Zamudio y teniente Dn. Juan Escobar, de que resultó que la madrugada del 3 de setiembre fuese sorprendida en este punto nuestra retaguardia, y dispersada, cayendo algunos prisioneros; continuando los vencedores sobre el ejército, que a los primeros tiros se puso sobre las armas, e instruido del suceso se dispuso a su defensa. A pocos minutos se presentó el enemigo sobre el barranco del río, orgulloso y envanecido, pero nos respetó cuatro piezas de artillería del calibre de 4 y dos obuses de 6 pulgadas, formaron una batería defendida por el No. 6. El batallón de Cazadores desfiló por nuestra izquierda y el No. 7 por nuestra derecha, cubiertos por el bosque para caer de improviso sobre los enemigos, que verificaron con un tino táctico admirable, haciendo desaparecer a cuanto enemigo se le presentó al alcance de sus tiros, tomándole en su persecución algunos prisioneros, y recuperando todos nuestros soldados que se hallaban diseminados y encubiertos por los bosques, obligándoles a emprender su retirada hasta Salta, cuyo jefe el coronel Dn. Agustín Huici, quedó escarmentado para no molestarnos en lo sucesivo en nuestra retirada, que se hizo menos agitada y con más recursos. Se hizo alto en la ciudad de Tucumán, donde su población manifestó su entusiasmo, y una cooperación a que el ejército fuese aumentado y auxiliado, en lo que proporcionaba su territorio; tomando las armas todos los que se hallaban en actitud de verificarlo, formando un cuerpo de caballería provisional, comprometido a ayudar al ejército en su defensa.

Tan brillante disposición no debía ser indiferente al General Belgrano, y así resolvió defender esta ciudad, o ser sepultado en ella con su ejército, que sólo el nombre llevaba de tal, porque toda



su fuerza apenas podía hacerse consistir en 1.200 hombres de todas armas, subdivididos en seis cuerpos de los que, el de mayor fuerza era el No. 6, que constaba de 380 plazas, el No. 7, Cazadores, Artillería, Húsares y Dragones, contenía el resto; sin embargo ya contábamos cerca de quinientos milicianos a caballo, que debían ayudarnos, y a más los que debían remitir Santiago del Estero y demás comarcas inmediatas, que aunque mal armados debía prometerse buenos resultados, en razón del territorio que se defendía compuesto de llanuras inmensas y cubiertas de bosques, con pleno conocimiento de sus veredas mas ...

El ejército español mandado por el brigadier Dn. Pío Tristán, segundo del general Goyeneche, continuó su marcha desde Salta, donde permaneció algunos días para darle descanso, trayendo a su vanguardia un cuerpo escogido de más de 800 hombres, a las órdenes del coronel Huici, que aunque escarmentado en el río de las Piedras, se consideraba invencible al hallarse apoyado en un ejército de 3.000 y pico de hombres que sostenían sus movimientos, y mucho más cuando no encontraban la menor oposición desde que había roto su movimiento nuevamente, restablecido del espanto que tuvo en las Piedras; su marcha sólo era observada por nuestras partidas de observación que se replegaban al paso que esta columna adelantaba envanecida al ser instruida de nuestro débil estado; sin embargo carecieron de los datos que le eran necesarios, porque no encontraban en el país que pisaban, sino hombres en lo general pastores, que o no sabían nada o si sabían algo lo callaban, de modo que la incertidumbre continuaba, la que seguramente impelió al jefe de vanguardia a adelantarse al pueblecito de las Trancas, donde debía llegar ese día con su cuerpo; fuese ésta la razón o la de no querer sujetarse al paso de la infantería que dirigía o del fuerte sol y polvo que el camino le brindaba, se adelantó con un ayudante y capellán al pueblecito, donde apeándose de sus caballos fue sorprendido por el capitán don Esteban Figueroa, que con la partida de su mando estaba encargado de observar sus movimientos haciéndoles prisioneros; con tan buen presente se presentó al general Belgrano, instruyéndole de su comisión que en aquellas circunstancias entusiasmó al ejército disponiéndose a una lid enteramente desigual sin preguntarse por el número, sino dónde se hallaba el enemigo, con que importunaban a los que conducían los partes de nuestras partidas; al fin la noche del 23 se supo habían hecho alto en los Lules, distante dos leguas de Tucumán, y el cañonazo de alarma anunció



la aurora del 24 de setiembre de 1812, cuyo bronco sonido fue un vitor general de todos, que con la mayor rapidez tomaron sus armas, formando las columnas, que se dirigieron al campo de instrucción, donde saludaron el brillante astro que les marcaba la carrera de la gloria en un horizonte despejado y limpio de nubes; se formó la línea tomando el cuerpo de Cazadores la derecha, el centro el No. 6, la izquierda el No. 7, dos piezas de artillería sostenían cada ala, y el centro dos obuses; Húsares y parte de los milicianos sostenían nuestra izquierda, y la derecha, Dragones y resto de milicias; la compañía de Decididos no tuvo puesto, pero era nuestra única reserva.

En esta disposición se ansiaba la vista del enemigo y el momento de medir nuestras débiles fuerzas con los vencedores de Guayquí que en marcha se dirigen sobre nuestro campo por un desfiladero que el bosque les proporcionaba, se descubre su cabeza y el grito de "ahí están", fue uniforme en la línea compuesta de Cazadores dispuestos a sacrificarlos en este día en aras de la Patria por salvarla de la servidumbre en que yacía, si no se resolvían a batirse con tanta desventaja; en esto una pequeña nube se descubre en el cielo en figura piramidal, sostenida por una base que parecía sostener una efigie de la imagen de Nuestra Señora, era día en que se celebraba la fiesta de Nuestra Señora de la Merced, y cada soldado creyó ver en la indicada nube, la redentora de sus fatigas y privaciones, cuya ilusión aumentándose progresivamente daba más fortaleza a nuestra pequeña línea, que ya afrentada con la del enemigo, que no había podido aún organizar la suya, empezó a sentir por el fuego de nuestras piezas de artillería el estrago que ellas causan, al paso que haciendo un movimiento con su derecha, amenazaba flanquear nuestra izquierda, que progresivamente aumentaba en fuerza y hubiera continuado si una voz de improviso, oída simultáneamente en toda la línea del ejército independiente, de *a la carga* no hubiese sido la que hubiese sorprendido los movimientos del enemigo que destruyendo su centro por la impetuosidad del ataque, quedó sin comunicación la izquierda con su derecha, que envolviéndose en sí misma no podía obrar para evitar las cargas de caballería de que pretendían defenderse; entretanto nuestros soldados obraban todos en general como cazadores y aprovechaban sus tiros sin desperdicio, destruyendo y tomando prisioneros que entregaban a nuestra reserva empleada ya en custodiarlos; la izquierda enemiga entregada a la fuga, manifestaba su sorpresa, que muy pronto vinimos en conoci-



miento de su origen al avistar un nuevo cuerpo enemigo que marchaba por nuestro frente en dirección del campo que se hallaba cubierto de cadáveres; ésta era su fuerte columna de vanguardia que habiéndose extraviado el camino tomó otra dirección y no pudo hallarse en el campo de batalla sino después de presenciar la derrota y dispersión del grueso de su ejército, que en todas direcciones huía, de modo que el cuerpo de vanguardia fue un cuerpo de reserva que ya no les sirvió sino para replegar sobre él los restos de un ejército vencido por mil y pico de hombres dispuestos a vencer o morir, entonando el himno patriótico, que cesó para deliberar si continuaba el ataque a la presencia de nuevas fuerzas con que había que luchar, o si nos replegábamos al centro de la ciudad donde ya había más prisioneros que custodiar que número de hombres de que constaba el ejército, y aun el vencido tenía existente un duplo que no tenía el vencedor en el mismo campo de batalla, ¿qué se resolvía? El general en jefe no estaba sobre el campo, se ignoraba su suerte, el mayor general no se veía a nuestra inmediación; dos jefes y un subalterno resolvieron el problema, reconcentrando las fuerzas al centro de la ciudad como el medio de ocultarlas al enemigo que testigo de su derrota debía continuar su espanto sin que esto desapareciese por la debilidad que notase en la fuerza de los vencedores; se puso en práctica y el resultado correspondió brillantemente. Los enemigos menos fatigados y algún tanto repuestos de su espanto pudieron reunir sus dispersos y mantenerse sobre el campo de batalla dos días, que al fin tuvieron que abandonar en la noche del último, bajo las sombras de una oscuridad inmensa y a pesar de sus precauciones para ocultarla fueron sentidos; entonces se pensó en destacar la caballería para su persecución y los Cazadores que al día siguiente salieron del Tucumán a las órdenes del mayor general Dn. Eustaquio Díaz Vélez. El resultado de esta batalla fue la pérdida para los enemigos de más de mil quinientos hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, y algunas piezas de artillería, y su mayor pérdida la de su prestigio que empezó a desaparecer a esfuerzos del entusiasmo empleado por unos guerreros que manifestaron en esta jornada toda su bravura y constancia, aun en los dos días sucesivos que permaneció el enemigo sobre el campo, en donde se le molestaba repetidamente, en particular por nuestra caballería. Conseguido este brillante triunfo se aumentó el ejército con quinientos hombres que de los prisioneros tomaron partido incorporándolos a los diferentes cuerpos, marchando el resto a la



ciudad de Córdoba con los jefes y oficiales que se hallaban prisioneros, entre los que se contaban los coroneles Suárez del regimiento 1° de Lima, y Barrera, del batallón Abancay.

El gobierno de Buenos Aires, encargado entonces al coronel Dn. Juan Martín de Pueyrredón, cuando fue instruido de este suceso, que parecía increíble y convencido por los partes oficiales tuvo que decretar el premio al ejército con una mezquindad, que manifestaba que no se hallaba satisfecho de la conducta de él; al paso que la generalidad convencida de los esfuerzos, notó la poca justicia con que procedió el ejecutivo, sirviendo ella de base para variar las riendas del gobierno, poniéndolas en otras manos más diestras, como fueron las del ciudadano Dr. Chiclana, si se observaba que el general Belgrano relevó en el mando del ejército al coronel Pueyrredón, se vendrá en conocimiento que no le era muy grato a Pueyrredón ver progresar a un ejército que él mismo creyó incapaz de hacer ninguna clase de progresos al conocer su debilidad, y lo que es más, su ninguna protección, que él continuó a pesar de habersele encargado del ejecutivo, a donde se le presentó la ocasión de auxiliar a un ejército que debía mirarlo con alguna consideración, cuando no fuese por el antiguo patriotismo que lo adornaba, a lo menos por haber mandado aquella porción de valientes que cobardemente abandonó, so pretexto de enfermedades con que se evadió del mando para después encargarse de la suprema autoridad que continuó desempeñando con salud robusta, hasta que fue despojado de ella; este incidente de la vida pública de este jefe, que no le hace mucho honor, no debiera empañar el mérito que lo adornaba en los servicios que a su patria prodigó; pero el espíritu de facción que tanto ha animado a las Provincias Argentinas, pudo muy bien haber sido el origen de una conducta altamente reprobada por todos los que sólo pensaban en hacer la felicidad de los argentinos, de que se hallaba animado el general Belgrano, que cual otro ateniense Phocion, parecía que lo había tomado por modelo; después de la jornada de Paraguay, que he pasado en silencio por no poder escribir con exactitud aquellos sucesos que siempre honrarán la memoria de un general que aun sus mismos enemigos hubieran querido tener por amigo constantemente; su constancia en el trabajo, su firmeza de carácter, su desprendimiento, y en fin su civismo, le hacían digno de dirigir los destinos de una República que nunca supo apreciar sus talentos, ni su mérito; austero con sus subalternos y económico al mismo tiempo, pocos amigos debería tener a su devo-



ción, y sin embargo los que con él han servido lo elogian haciéndole justicia y su memoria grata siempre; aun en el infortunio se le respetó y jamás se murmuró de sus órdenes y cuando alguno lo hacía, era con gracia, dándole el dictado de *chupa verde*, a que estaba reducido su uniforme de simple cazador del ejército, que continuamente usaba, y era todo de paño verde un poco claro, a que se sujetó a pesar de sus proporciones, para desterrar el lujo de un ejército que no podía soportarlo por la escasez de sus recursos, y lo que es más, por acostumbrarlos a la sencillez, y a aquellas virtudes que forman el corazón guerrero para el heroísmo, de que dio tantas pruebas el ejército, sucesivamente en las diferentes ocasiones que se le presentaron, como se continúa manifestando.

En retirada el enemigo, perseguido por un cuerpo capaz de debilitarlo bastante, no se puso en ejercicio la estrategia a fin de conseguirlo; había valor, pero poco tino, y lo que se puso en ejercicio sirvió más para encajonar el ejército enemigo que para debilitarlo, repasándose el río *Pasaje* completamente reunido y sin pérdida notable, lo que viendo ya el poco fruto que se conseguía de esta jornada por el mayor general Dn Eustaquio Díaz Vélez se replegó a Tucumán, dejando marchar pacíficamente al enemigo hasta Salta, donde hizo alto; ciudad que dista cien leguas de muy buen camino del Tucumán.

Reunido el ejército en Tucumán, algún tanto aumentado con los despojos del enemigo, no alcanzaba todo él a formar dos mil hombres, que ya se hacían respetar por su valor y severa disciplina, distinguiéndose los vencedores por un escudo de paño blanco orlado con una palma celeste y su centro con la inscripción de "La patria a los defensores en Tucumán - Año de 1812"; a la clase de tropa se le dio una jineta de lana bicolor, que ponía sobre el hombro izquierdo y los clases un cordón del mismo color, al paso que el general en jefe era su distintivo un escudo de oro con el mismo mote, que también obtuvo el mayor general, y los jefes de cuerpos, de plata, que algunos despreciaron poniéndose el de paño con que se consideraban mejor compensados, y todos honoríficamente distinguidos, entregándose después de sus continuas tareas a placeres honestos que se proporcionaron mutuamente los cuerpos y cuya unión será siempre elogiada por los que han visto este ejército o pertenecídole; sin embargo se abusó de su moderación, nombrándose segundo jefe del ejército al coronel Dn. José Moldes, aborrecido por todos los individuos que lo componían, sufriendo con la subordinación más acrisolada, cuanto creyó conveniente al ejército llevado de



su natural genialidad, fuerte y poco graciable, que hacía murmurar en secreto de su conducta, hasta recibir el título de *decidido déspota*, por haber desempeñado en clase de teniente la compañía de ciudadanos conocida por la de Decididos, cuyo nombre se le aplicó en Jujuy, hasta que apareciendo en la orden general la de presentarse a examen los oficiales del ejército que acababan de dar la prueba más relevante de sus aptitudes y tino, se creyó insultado procurando lavarse de un vejamen por los medios legales que la ordenanza misma franquea en tales casos, el derecho de petición que se puso en ejercicio pidiendo la separación de un jefe que no era aparente para dirigir ciudadanos animados de una delicadeza que siempre les hará honor. El general Belgrano penetró la intención del ejército y accedió con sólo la condición de que no se violentase su resolución, seguro de que no volvería a tener ingerencia en él mandando; esta resolución tan oportuna, no tuvo al ejército en unión, y su entusiasmo subió a un grado de frenesí, que era necesario contener para evitar aquellos males (x) que arrastra consigo un deseo de venganza tan común en hombres que no se fijan sino en lo que los rodea, o pisan; al fin el ejército vio partir para Buenos Aires al coronel Molles, presenciando lo mucho que era aborrecido y poniendo a cubierto su persona que más de una vez se intentó asesinar, de que fue necesario trabajar con firmeza para contener tal desorden que pudo paralizarse con la esperanza de no obedecer a un jefe odiado en todo aspecto.

El gobierno de Buenos Aires, que observaba en el ejército, unión, valor y una severa disciplina, empezó a concebir las más fundadas esperanzas para auxiliarlo; el batallón No. 1 que se hallaba en la bajada de Santa Fe, recibió la orden de ponerse en marcha para engrosar con su fuerza el ejército, al paso que medio batallón del No. 2 la emprendió desde Buenos Aires con el mismo objeto, ordenando al mismo tiempo a las provincias, el envío de reclutas de que recibió el ejército algunas partidas y muy pronto contamos con una fuerza de 3,500 hombres capaces de emprender con ella, y sólo se esperaba que la estación declinase algún tanto la abundancia de aguas para verificarlo.

El enemigo permaneció en Salta; había recibido un batallón en su auxilio, y otro estaba en marcha desde Potosí, con el mismo objeto, al paso que desde el Callao se le enviaban municiones, armamento, jefes y oficiales que había conducido la fragata Colorada al puerto de Cobija por donde desembarcaron; lo que instruido el ge-



neral Belgrano se preparó para emprender sobre él antes que recibiera el ejército español los nuevos refuerzos que le diesen superioridad.

El ejército independiente aumentado como he indicado debía emprender por el mes de enero del año entrante, con 4,000 hombres y aunque no los tenía, se llamó en su auxilio la milicia del Tucumán y Santiago del Estero, que se prestó con entusiasmo envanecido con los despojos que había adquirido en la batalla de Tucumán, quinientos hombres se dispusieron de ella montados y sólo esperaban la orden de emprender.

El 1° de noviembre se me ascendió a capitán de la 4a. del primero del regimiento No. 6, en que este cuerpo había sido aumentado considerablemente. Su comandante Dn. Ignacio Warnes fue relevado por el coronel Dn. Francisco Pico, quien tomó el mando, con lo que vi concluir el año 1812.

#### *CAPITULO IV*

El ejército recibió la orden de ponerse en marcha sobre la ciudad de Salta, adonde se hallaba el general Tristán, reparado su ejército con los auxilios que había recibido; esta orden se puso en cumplimiento a principios del mes de enero, con un orden admirable; nada faltaba al ejército, en el pueblo del Rosario hizo alto para esperar que el río Pasaje desaguase la impetuosidad de su corriente, adelantando partidas que cubrieron su orilla izquierda, para cuyo medio el enemigo ignoraba nuestros movimientos, al paso que el general Tristán cometió la bisoñada de no cubrir la orilla derecha que debía defender, mientras su ejército se hallase completamente en aptitud de emprender o de repeler, se descuidó y el ejército independiente pasó tranquilo este río, aunque con bastante molestia con el auxilio de algunas pelotas y un par de barcas, que de antemano se habían recibido de Buenos Aires, lo que no hubiera verificado si débilmente se hubiese defendido este paso en que se empleó todo un día, formando todo el ejército a la derecha de él; emprendió y se halló en las Lagunillas que distan cinco leguas de Salta, el 17 de febrero, a donde se le tomó prisionero un puesto avanzado; por cuya razón nada supo el enemigo aún; aquí se dejaron nuestros enfermos y continuamos la marcha por un camino desusado, para situarnos a su retaguardia y poner al ejército español en la alternativa de batirse o de rendirse, porque ya su retirada era difícil; sin embargo el enemigo destacó una fuerte columna sobre Lagunillas para reco-